

Baldomero Fernández Moreno

por Pablo Ingberg

Además de ser el nombre de una calle perdida que muere muy cerca de la casa de Flores que lo vio morir, de ser el nombre de alguna plazuela escondida, de ser autor de un verso que todo argentino ha escuchado alguna vez (“setenta balcones y ninguna flor”), Baldomero Fernández Moreno fue, con su andar sin estridencias al que calles y plazas periféricas hacen el justo honor, un poeta señero: volcó en la poesía un aire fresco que dejó su marca, que lo hace recordable y valioso aún hoy. Fue, además, médico.

Nació el 15 de noviembre de 1886 en una casa ubicada en México 671, primero de los cinco hijos de Baldomero Fernández y Amelia Moreno, matrimonio de inmigrantes españoles dedicados al comercio con suerte variable. Primer paso de una vida perpetuamente errante, la ruina familiar lo lleva a Europa a los tres años, de vuelta a la Argentina hasta los seis y nuevamente a España en 1892. Invirtiendo cuatro siglos después el viaje de Colón, descubre la aldea de su padre, Bárcena, en Santander, entre montañas y mar, un ambiente campestre que quedará arraigado en él toda la vida y será motivo de algunas de sus páginas. Inicia sus estudios en la rudimentaria escuela de la aldea, a cargo de un solo maestro, rodeada de árboles y prados. Cuando en 1897 el padre intenta por segunda vez su América, la Argentina, Baldomero hijo se queda dos años en Madrid, en casa de sus tíos. Los mayores esperan de él mejor suerte en el comercio, y lo envían a cursos afines: teneduría de libros, aritmética, caligrafía. Cuando llega la edad del bachillerato, el padre trae nuevamente a la familia a Buenos Aires. Es aquí, en el Liceo Ibérico Platense, donde comenzará a leer a poetas argentinos, americanos, españoles, y la fiebre lectora lo llevará a todo libro que encuentre en su casa. El primer fruto juvenil es *Recuerdos de la aldea* que, junto con un cuento y un discurso escolar, su padre hace imprimir orgulloso para entregarlo a familiares y amigos.

Una mejoría en los negocios lleva a la familia de Avenida de Mayo 1130 a una quinta de Almagro, pero el auge dura poco y comenzará desde entonces la declinación definitiva, que sus padres jamás revertirán. En tanto, el primogénito ha pasado al Colegio Nacional Central, donde obtendrá luego el título de bachiller. Contra las expectativas familiares, decide ingresar a la Facultad de Medicina. De mudanza en mudanza, la familia ha recalado en Floresta, que el poeta describirá más tarde: “... era un verdadero pueblecillo en que todos se conocían: calles sin adoquinar, largos alambrados cargados de hiedras y madreselvas, y por aquí y por allá bosquecillos de casuarinas, de eucaliptos. Los puntos de reunión eran, como en todas partes, la plaza, la estación y la capilla”. Paralelamente a sus estudios, la fiebre lectora no cesa.

A los veinticinco años, en 1912, concluidos sus estudios y las prácticas en el Hospital Español, obtiene su diploma, y accede al título de Doctor en Medicina con la tesis: *Tratamiento de las fístulas y artritis tuberculosas por la pasta de subnitrito de bismuto*. A instancias de un amigo visita Chascomús, y decide radicarse e instalar allí su consultorio. El ritmo pueblerino y los pocos pacientes le dejan tiempo libre, pasado entre veladas de naipes en los clubes, caminatas solitarias en la noche y, por supuesto, la poesía: lecturas y versos propios en los que, dice, empieza a escuchar su propia voz. La familia, en tanto, necesita de su aporte económico. Deja Chascomús, explora varios pueblos pampeanos y termina estableciéndose, en 1914, en Catrillo: “Total, diez casas de ladrillo, otras tantas de chapa y alguna que otra máquina yendo y viniendo”. Los enfermos se van a Buenos Aires o a pueblos vecinos, o bien acuden a curanderos o a farmacéuticos que recetan. “Y sin embargo, diez o doce años habrían bastado. Pero ¿quién tiene paciencia de esperar? ¿Día a día, lejos de todo y deseándolo todo?” Regresa a Buenos Aires e instala consultorio en Rivadavia y Olmos, Liniers. Es la época en que comienzan sus amistades literarias, y será a instancias de ellas que en 1915, a los veintinueve años, habrá de publicar su

primer libro de poemas: *Las iniciales del misal*. A partir de entonces, continuará publicando a razón casi de una obra por año hasta su muerte.

El libro estaba dedicado a Rubén Darío y fue bien recibido por la crítica. Dirá de él Borges en 1940: “después de saludar a Rubén Darío en su dialecto de astros y rosas, había ejecutado un acto que siempre es asombroso y que en 1915 era insólito”. Baldomero ingresa en la poesía entre dos generaciones muy marcadas: el modernismo de Darío y Lugones, y las vanguardias del veinte en las que tomaría parte Borges. A diferencia de los vanguardistas, no pretende pelear con sus predecesores: toma de éstos esencialmente la música y las formas. Eso salta a la vista fácilmente comparando estos célebres versos: “La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa? / Los suspiros se escapan de su boca de fresa, / que ha perdido la risa, que ha perdido el color” (Darío); “Setenta balcones hay en esta casa, setenta balcones y ninguna flor... / ¿A sus habitantes, Señor, qué les pasa? / ¿Oodian el perfume, odian el color?” (F. Moreno, 1917). Pero al mismo tiempo puede vislumbrarse en esta comparación lo que ha cambiado: el que mudaba domicilios ha mudado la poesía, del palacio de la princesa a la casa de enfrente. Así lo resumiría él mismo en un reportaje de 1921: “Era de imperiosa necesidad para nuestra literatura dejar en paz a las marquesas en sus tocadores y a los dioses en su Olimpo. (...) Reacción natural contra esa literatura de relumbrón, nació en mí esta manera, sintética y sencilla, de pintar la realidad exterior y traducir estados de ánimo”. Con esa música heredera de la tradición castellana y de la innovación modernista, el verso hace lugar a palabras y giros de la prosa y el trato familiar; pero, a diferencia de los modos vanguardistas, sin violencia. Los temas mismos, recurrentes en su obra, sirven de soporte a esa falta de estridencia: el pueblo, la ciudad, el campo, la familia, los amigos, aun casos médicos. Con todo, lo suyo no consistirá en una mera descripción con sonido agradable. Hay, sí, contemplación del mundo, llena de curiosidad, simpatía, afecto; pero desde adentro, y siempre aparece el resquicio por donde se filtran las ansias de infinito, las ansias de una vida más plena, que la vida común ahoga. Y sirvan nuevamente de ejemplo los “setenta balcones” abandonados de flores por sus habitantes frente al mirar angustiado de la poesía.

A partir de la publicación de sus primeros libros y la buena acogida que recibieron (el segundo era ya saludado por Lugones en *La Nación*), se amplían las amistades literarias, los encuentros de café, las caminatas por la ciudad. La medicina va quedando relegada, y eso va a introducir dos dilemas: la conciencia de no estar desempeñando con la responsabilidad que requiere una profesión en la que hay vidas en juego, y las necesidades económicas de sus padres, de quienes se ha vuelto único sostén. Por esto último llega a vender su biblioteca. Oscila por entonces entre Buenos Aires y Chascomús. Es aquí donde conoce a quien en 1919 se convierte en su esposa, Dalmira del Carmen López Osornio, la “Negrita” de sus poemas. Cinco hijos dio el matrimonio. El primero, ese mismo año. Los otros cuatro, entre el '26 y el '30. Dos murieron niños. Los otros tres han practicado la poesía. César, el mayor, fue el que llegó más alto, especialmente con *Argentino hasta la muerte* (1963).

Del '20 al '24 reside en Chascomús. La crisis entre sus dos vocaciones se resuelve en el abandono de la medicina. Se traslada a Buenos Aires y comienza a desempeñarse como profesor secundario de literatura e historia (épocas en que, parece, ese trabajo estaba mejor pago que hoy en día). Fue fundador y primer presidente de la Sociedad de Escritores (hoy SADE). Recibió en 1926 el Primer Premio Municipal de Poesía, y el Primer Premio Nacional en 1938. Desde este año se instala en Bilbao 2384, Flores. A poco de recibir, en 1950, el Gran Premio de Honor de la SADE, muere de un súbito derrame cerebral. Como es tarde o temprano la ley ineludible en este mundo que él cantara, la medicina no logró salvarlo. Su poesía logró sobrevivirlo.